

GIMBUTAS, Marija: *Las diosas vivientes*. Editorial Obelisco, Barcelona, 432 pp., 2022. ISBN: 978-84-9111-867-1.

Rebeca Arranz Santos¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfi.36.2023.37857>

Las diosas vivientes, el último libro de Gimbutas, estaba a punto de completarse en el momento de su muerte en 1994. Miriam Robbins Dexter, profesora de los Programas de Estudios de la Mujer en UCLA y Artes Liberales en la Universidad de Antioch emprendió la formidable tarea de editar y complementar el manuscrito. Como nos informa Dexter en el prefacio del libro, Gimbutas había reelaborado los primeros capítulos con más cuidado que los últimos. Dexter ha hecho un gran trabajo editando y dando forma al libro. Sin embargo, el problema central no reside en la edición. Desafortunadamente, *Las diosas vivientes* es un recorrido decidido, esencializador y en gran medida poco riguroso a través de la mitología y el folclore de la Europa prehistórica, histórica y moderna y el Mediterráneo. Como en muchos de los trabajos anteriores de Gimbutas, el libro plantea preguntas intrigantes, pero proporciona respuestas que a menudo son insatisfactorias y simplificadas en exceso, creando dicotomías que son más imaginarias que reales. El peso de los ejemplos en lugar de argumentos sirve para mantener a flote las afirmaciones.

La tesis principal de este libro es una idea que Gimbutas ya ha presentado antes: comenzando alrededor del 4000 a. C., los «kurganos», a quienes Gimbutas describe como un grupo patrilineal, patrilocal, militarista y seminómada originario de las estepas de Rusia, se embarcaron en una serie de invasiones o migraciones a través de Europa que transformaron radicalmente el lenguaje y la cultura material de la región. Las incursiones de «Kurgan» desplazaron a las anteriores sociedades indígenas centradas en la Diosa, igualitarias y centradas en la tierra del Neolítico, pero los vestigios de esta cultura ginocéntrica lograron sobrevivir. De este modo, la primera mitad del libro describe los contornos de la religión y las culturas neolíticas, mientras que la segunda mitad detalla los rasgos de la cultura de la Diosa que persistieron en épocas posteriores.

Como hemos comentado *Las diosas vivientes* se divide en dos partes: «La religión en la Europa prepatriarcal» y «Las diosas vivientes». La primera parte, en gran parte un resumen de los trabajos anteriores de Gimbutas, se centra en la evidencia de la religión y la organización social en la «Vieja Europa» del Paleolítico Superior/Neolítico. Los seis capítulos contenidos en esta parte

1. UNED. C. e.: rebarranz@madridsur.uned.es

incluyen: Imágenes de Diosas y Dioses; Símbolos, Signos y Escritura Sagrada; La Tumba y el Útero; templos; Centros Ceremoniales de Piedra y Madera Sagrada; y la estructura social matrilineal reflejada en la religión y el mito. La segunda parte da un paso adelante en el tiempo, observando las reliquias de la religión de la Diosa en la Europa posneolítica. La red está muy extendida, reuniendo en su cuenca la Edad del Bronce y la Grecia clásica, las tradiciones etruscas y manifestaciones más recientes de la mitología vasca, celta, germánica y báltica. La segunda parte, por lo tanto, es una desviación de sus publicaciones anteriores.

El libro no contiene una conclusión tradicional, sino que termina con una discusión sobre la mitología y el folclore bálticos. Gimbutas consideraba a los bálticos como los «últimos paganos de Europa cuya riqueza de canciones, cuentos, acertijos, encantamientos y rituales representaban el depósito más grande del mundo de creencias y tradiciones de la «Vieja Europa». De hecho, muchas de las ideas de Gimbutas sobre la religión antigua y la Diosa se derivan de un amplio conocimiento, acumulado desde su infancia, del folclore lituano y letón. Si bien el último capítulo no sirve como último acto adecuado para un libro tan amplio, es, como observa Dexter en el epílogo editorial, un final apropiado para el último libro de Gimbutas.

El capítulo uno proporciona la puesta en escena del libro, describiendo las preocupaciones en la «Vieja Europa» con el ciclo de «nacimiento, crianza, crecimiento, muerte y regeneración» y las múltiples manifestaciones que adopta la Diosa durante estas diversas fases cíclicas. Dado que Gimbutas a menudo ha sido tergiversado al sugerir que la mayoría de las figurillas neolíticas, especialmente las mujeres desnudas, son imágenes de fertilidad, el capítulo es un intento de corregir esa percepción. Para Gimbutas, las primeras figurillas, ya sean antropomórficas, zoomorfas o abstractas, encarnan más que la fertilidad. Reflejan una «fuerza femenina», refractada en un «caleidoscopio cambiante de significado». Dentro de ese caleidoscopio hay cinco categorías básicas: imágenes que dan vida; representaciones que sustentan la vida; diosas y dioses de la vegetación; imágenes de muerte y decadencia; y representaciones asociadas a la regeneración. Subsumidos bajo cada categoría hay tipos específicos de símbolos. Por ejemplo, las ranas, los peces, los erizos, la bucrania, los falos y los triángulos forman parte del repertorio regenerativo. Si bien Gimbutas bien podría tener razón sobre un panteón de deidades, su capítulo inicial está lejos de ser convincente. De hecho, se lee más como un testamento de fe que como una tesis bien concebida.

El capítulo dos explora el «lenguaje» de la Diosa, examinando la frecuente aparición de símbolos y signos abstractos, como X, V, O y meandros, tanto en figurillas antropomórficas como zoomorfas, así como en cerámica y sellos. Gimbutas ha tratado este tema más extensamente en un libro anterior, y este capítulo es un resumen de su «alfabeto de lo metafísico». En principio, la idea de que estos signos no son aleatorios, sino que pueden reflejar una «escritura simbólica» protoalfabetizada es intrigante, al igual que la idea de Gimbutas de

que ciertos signos se vinculan repetidamente con tipos específicos de figurillas. En el análisis final, sin embargo, no logra convencer al lector sobre los detalles de su desciframiento. El capítulo contiene demasiadas afirmaciones injustificadas, como podemos ver en este ejemplo concreto: *«los signos M son versiones abstractas de ancas de rana y, por lo tanto, están vinculados a la regeneración»*.

En los capítulos tres, cuatro y cinco, Gimbutas centra su atención en la gran variedad de estructuras construidas y creadas que se encuentran en la «Vieja Europa», incluidas tumbas, templos, círculos y una variedad de otros recintos. Si bien la variedad de conocimientos de Gimbutas es impresionante, parece sugerir que todo el entorno construido de la «Vieja Europa» era sagrado y debe verse a través del filtro de la Diosa. Las tumbas circulares se consideran simbólicamente equivalentes al útero, las líneas curvas de los templos malteses se convierten en el cuerpo de la Diosa, los santuarios de forma triangular en Lepenski Vir emergen como grandes abstracciones de la Diosa, y las tumbas dromoi se convierten en evocaciones del canal de parto femenino. Aunque los informes etnográficos brindan a los arqueólogos amplia evidencia de que la arquitectura puede ser antropomorfizada y altamente simbólica en sociedades no industrializadas, no hay evidencia que justifique el tipo de visiones amplias y homogeneizadas que propone Gimbutas. Incluso si se pudiera demostrar que tenía razón, el tipo de mitologías supralocales que analiza Gimbutas exigen explicaciones complejas y matizadas sobre por qué y cómo ciertas creencias y sus manifestaciones particulares en la cultura material pueden perdurar en tales extensiones de tiempo y espacio.

En el capítulo seis, Gimbutas analiza la supuesta estructura social matrilineal de la «Vieja Europa». Reconstruir la organización social y las estructuras a partir de la evidencia arqueológica es notoriamente difícil, y el razonamiento de Gimbutas es cualquier cosa menos convincente. Cerca del comienzo del capítulo, ofrece la afirmación de que *«dado el simbolismo religioso neolítico, es extremadamente difícil imaginar que la sociedad de la vieja Europa no sería matrilineal, con la madre o la abuela venerada como progenitora de la familia»*. Los datos que podrían arrojar luz sobre la estructura social de este período de tiempo son infinitamente fascinantes y, además reúne una variedad de evidencia, aunque hay que admitir que de manera aleatoria. Sin embargo, parece sufrir del concepto erróneo de que los arqueólogos pueden erigir puentes simples entre la posible organización social de una cultura y su sistema simbólico.

La segunda parte cubre la arqueología, la mitología y el folclore minoico de Creta, micénica a través de la Grecia clásica, etrusca, vasca, celta, germánica (principalmente escandinava), lituana, letona, finlandesa y estonia. Lo que en un principio parece ser una cazuela geográfica refleja, de hecho, todos los lugares y culturas donde Gimbutas encuentra expresiones de la religión ginocéntrica anterior que aún se conservan. Los capítulos de esta sección son desiguales en extensión y profundidad. Muchos de los capítulos consisten simplemente en entradas descriptivas sobre las diversas deidades y costumbres, que son intrigantes

en sí mismas. Hay, sin embargo, poco aglutinante teórico que mantiene unidos los capítulos, y no examina la compleja continuidad cultural. Esta sección habría sido mucho más sólida si Gimbutas hubiera explorado, por ejemplo, las circunstancias bajo las cuales ciertas costumbres pueden conservarse, desviarse o transformarse, cómo el mantenimiento de prácticas tradicionales puede funcionar como una forma de resistencia, manipulación social o empoderamiento, y cuando uno puede argumentar razonablemente que las imágenes o prácticas modernas son análogas a ejemplos anteriores. Por atractivos que sean los datos, la segunda mitad del libro es teóricamente poco sofisticada.

Aunque este libro no representa un último paso adelante para Gimbutas, continuará alimentando el debate en curso sobre las antiguas diosas, los orígenes del matriarcado y el papel del patriarcado en la prehistoria. Gimbutas fue una de las primeras prehistoriadoras en intentar desentrañar sistemáticamente el simbolismo primitivo, la espiritualidad y la Diosa Madre en Europa y el Mediterráneo. Es importante marcar la respuesta, principalmente del público feminista, quien creó una literatura y un arte propios. En las últimas décadas, la Diosa se ha convertido en un tema rico y controvertido en la ficción, la literatura feminista, las artes escénicas y el cine. Sin embargo, la Gran Diosa no está tan viva dentro de la academia, y la historia de esa resistencia merece atención. En última instancia, debemos preguntarnos por qué la antigua Diosa reside en un territorio tan disputado. Ciertamente, parte de la respuesta está en el movimiento feminista, que, para bien o para mal, ha polarizado a muchos grupos en sus intentos por delinear una historia que ha relegado a las mujeres a roles menos que satisfactorios en muchas sociedades contemporáneas. Pero la Diosa también reside detrás de la malla del feminismo moderno. Por definición, ella es parte de lo que en términos generales definimos como religión y su controvertido estatus se debe en gran medida a que forma parte de la polémica historia de la religión.